

VIII.

VIII. “FIESTA DE PUBLICANOS”

(Lc. 19, 1)

Habiendo entrado en Jericó, atravesaba la ciudad. Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos y rico. Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura. Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí. Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista le dijo: “Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa.” (Lc. 19, 1-5)

Jericó era una ciudad antiquísima, reconstruida numerosas veces. Si era destruida, siempre resurgía. No sólo por estar cerca del milagroso Jordán, siempre rico en aguas; sino por estar colocada en una ruta comercial, pegada a la “puerta del Oriente”, esencial para Jerusalén. Allí cruzaban las caravanas hacia el Este, dirigiéndose hacia o regresando desde Persia, Babilonia, Ur y la India o, bien, se desviaban hacia el sur, por el océano siguiendo la ruta de la seda desde el golfo de Aqaba. Un lugar de concentración de capitales. “Había un hombre llamado Zaqueo.” (Lc. 19, 2) Dice Lucas que Zaqueo era jefe de publicanos y rico, porque se dedicaba a supervisar el cobro de los impuestos. El evangelista nota que era de pequeña estatura; pero esto no le impedía soñar en grande. Por su dinero, todos le tenían respeto pero él aspiraba a mucho más. ¿Un soñador? El apego a la riqueza distorsionaba parcialmente sus buenas aspiraciones.

No dejaba de ser un regular israelita, angustiado por el decaimiento del auténtico espíritu profético de este pueblo. La presencia dominadora de los Romanos que todo lo controlaban; de los capitalistas fenicios que dominaban los mares, de las tetrarquías aparentemente independientes pero, en realidad, el poder de las exigencias del imperio; las costumbres griegas moralmente corruptas que atraían a la juventud, pintaban un panorama sombrío para todo auténtico religioso, quien aspirara a restaurar la unidad y dignidad del estado de Israel. “Habiendo entrado en Jericó, atravesaba la ciudad.” (Lc. 19, 1) Como siempre,

Jesús caminaba lentamente acompañado por los doce y conversando con ellos acerca del Reino de Dios pero se le adherían muchas personas atraídas por la curiosidad y poco a poco se involucraban en el mensaje de renovación espiritual que Jesús comunicaba con ejemplos y parábolas. En seguida, corría la voz de su bondad y de sus poderes milagrosos, lo cual le obligaba a detenerse para escuchar las miserias de los enfermos y sanarlos.

La entrada de Jesús en Jericó, tuvo que atraer la atención popular. Muchos recordaban la predicación de Juan el Bautista, en un remanso del río o habían sido bautizados por él. El nuevo profeta, no poseía la aterradora dignidad y el espíritu de penitencia del Bautista. Su actitud paciente y pacífica preparaba el camino a sus discursos restauradores de las almas. Jericó, a pesar de su distancia de Jerusalén, de sus acantilados rocosos y desérticos que la separaban, ofrecía la misma aglomeración contradictoria de materialismo y devoción. Zaqueo era él mismo, una muestra de estas contradicciones. Alguien le había informado acerca del nuevo predicador, que era Jesús, con sus discípulos, quienes continuaban la tradición de Juan. Él mismo se había hecho bautizar en el río y al escuchar la palabra ardiente de Juan se había arrepentido de sus pecados y había deseado la llegada del Mesías. Para Juan se trataba de un nuevo comienzo, una nueva alianza.

En ese mismo lugar, las doce tribus se habían concentrado frente al vado del Jordán a la espera de que las aguas se separaran para hacer su entrada a la tierra prometida. Una esfera totalmente santa; se abría hacia el futuro de Israel con la venida del Salvador anunciado por los profetas y que ya era un acontecimiento inmediato. Se sellaría una nueva alianza con Dios. ¿Cuál sería su mensaje? ¿Cuál sería la nueva ley? De todos modos, Jericó seguiría siendo la puerta. Juan había dicho que alguien mucho más importante vendría después de él. ¿Sería este el nuevo mensajero de Dios? Todo el mundo relataba sus grandes prodigios pero el estilo de Él y de sus apóstoles era muy diferente del de Juan. Aquél era penitente, ayunaba como Elías, sumamente sacrificado y pobre; tronaba contra los vicios, revolviendo las conciencias con amenazas de castigos. Este en cambio era dulce, amable, aceptaba a todo el mundo, tenía compasión por los débiles y sanaba a los enfermos, era humano, aceptaba invitaciones a banquetes y fiestas.

Por esto dice Lucas, que Zaqueo: “Trataba de ver, quién era Jesús.” (Lc. 19, 3) Este ver quién era no se refería al esfuerzo físico de subirse a un árbol. Verlo quería decir más que vislumbrar su figura y apreciar su rostro y sus gestos. Ver, significaba enterarse de su palabra, juzgar la esencia de su mensaje, del cual sus informantes habían insinuado maravillas. ¿Sería Él el Mesías? ¿Tendría poderes divinos? ¿Sería el restaurador moral y nacional de Israel? Pero no podía verlo “a causa de la gente, porque era de pequeña estatura.” Siempre había deseado tener veinte centímetros más de alto y más le dolía en este momento estar sepultado en la muchedumbre. “Se adelantó corriendo, y se subió a un sicómoro para verle.” (Lc. 19, 4) No le dio vergüenza que lo vieran encaramado entre las ramas. Su esfuerzo por verle ya era por sí un compromiso. Alguien, al verlo, se reiría y lo despreciaría; otros más entusiastas, lo envidiarían y todos, al verlo, pensarían en algo. Su imagen, de baja estatura, era ampliamente conocida en la ciudad. Nadie quedaría indiferente al verle. ¿O supondrían algún secreto entendimiento con el Maestro? Zaqueo se dio cuenta que su gesto significaba una apuesta. ¿Qué vendrá después?

Tampoco Jesús quedó indiferente a su deseo y le habló primero. No esperó a ser interpelado. Captó el mensaje y respondió a la apuesta. Nunca se perdería la ocasión de un contacto de persona a persona, si alguien se ofrecía dispuesto. Una mirada fue suficiente para penetrar en el corazón de ese hombre poderoso e inseguro al mismo tiempo. ¿No estaba Él enviado a todas las ovejas perdidas de Israel? Perdido. Así era Zaqueo, manejándose entre varias culturas, por su negocio, entre griegos y romanos, árabes y fenicios. Le tocaba asumir diferentes papeles para sobrevivir en esta lucha de un mundo agresivo y plurilingüe. Llagas de heridas históricas, antiguas y recientes, hacían imposible una fusión de ánimos y de ideales y... ¿qué decir de su propio pueblo, Israel? Dividido en facciones, acechado por los sicarios, esclavizados por el poder sacerdotal vendido al extranjero. Perdido, era la palabra correcta, inseguro y decepcionado. La mirada de Jesús no fue un gesto indiferente: vio en ella una luz; era toda una súplica; llevaba el calor de la amistad.

Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista le dijo: “Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa.” (Lc. 19, 5) Como que Jesús captó un vínculo previo, existente de antemano, entre Él y ese hombre.

Jesús se invitó. En otras ocasiones le pedían, le invitaban, le suplicaban: Hoy, debajo del árbol, no esperó ninguna invitación o, bien, ¿era su propuesta como el final de un diálogo? Una conclusión tomada de común acuerdo: “Si quieres saber más, tendremos que sentarnos a la mesa.” Dada la gran multitud que acompañaba al Maestro, el deseo expresado de cenar en su casa, era un honor para Zaqueo y así lo entendió. “Se apresuró a bajar y le recibió con alegría.” (Lc. 19, 6) ¿Qué clase de encuentro sería el de Jesús con Zaqueo? ¿El Maestro con el porte hierático de los profetas y Zaqueo, un hombre bajo en estatura, muy pegado a la tierra; podrían ser más diferentes aún?

Sin embargo, era precisamente esa imagen la que debía ser quebrada. Lo cual se descubrió en la gran cena. Los amigos de Zaqueo eran muy numerosos, todos ellos ricos, con dinero más o menos mal habido. Cuántas veces se habían reunido en esta casa, con largas y a veces acaloradas discusiones que se prolongaban en la noche, cuando no terminaban en negocios iracundos. Seguramente él era el más pequeño, el más pegado al dinero; pero los demás, altos y bajos, egipcios y sirios, galileos y samaritanos, no le cedían ni en un punto en cuanto a concebir la vida como un negocio. Esta invitación los agarró de sorpresa. Todos acudieron, con cierta inquietud en el alma. ¿De qué se trataba? ¿De doctrinas espirituales... de una colecta para el profeta?

Esto no lo anotó el evangelista, pero sí lo vieron aquellos que acompañaban a Jesús; algo escandalizados de que se engolfara de lleno en ese mundo pecaminoso. “Al verlo, todos murmuraban diciendo: Ha ido a hospedarse en casa de un pecador.” Esta era la palabra: pecadores. En sus mentes, un hombre rico y un hombre pecador eran la misma cosa y tenían razón. Detrás de la riqueza había un sin fin de pecados. La ley había sido organizada por Dios de un modo muy diferente. La tierra prometida era únicamente propiedad de Dios, nadie podía aferrarse con exclusividad a su campo o a su viña. Sólo había un impuesto y era el diezmo que cada persona pagaba con gusto al Señor en el templo. Con los invasores, se habían establecido tributos de toda clase. Los recaudadores tenían la fama de arpías y su calificativo más inocente era precisamente el de pecadores. Por otra parte, Jesús había dicho a los apóstoles: No he venido para los justos, sino a buscar a los pecadores para que se conviertan. Evidentemente, ellos ignoraban el secreto compromiso de Jesús con Zaqueo.

De hecho, en este momento no sólo era la casa de un pecador, sino de todo un manipulo de pecadores y todos tan pecadores o más que Zaqueo. ¿Qué haría Jesús en tal asamblea? ¿Qué podría conseguir Jesús, el amigo de los pobres, el denunciador de los sepulcros blanqueados con una tal convención? ¿Tendría la ilusión de penetrar en su bien cerrado y amurallado mundo de negocios turbios? ¿Qué deseaba demostrar? Jesús no sólo se auto invitó y aceptó la manifiesta alegría de Zaqueo y de sus amigos y compinches. Lucas, a este punto, deja un espacio vacío. ¿Qué le preguntarían a Jesús estos ricos comerciantes, administradores de empresas navieras, políticos griegos, vendedores de joyas y de perfumes? ¿Qué les contestaría Jesús? Fue la gran fiesta de los publicanos, recaudadores y comerciantes.

Se hospedó en su casa. No fue una cena frugal, sino una sesión solemne que duraría toda la noche, largas discusiones no muy diferentes de las que se encuentran en los diálogos de Platón. Zaqueo no se sentía el rey de la fiesta. Algo muy profundo cuestionaba su propia vida y sus ideales. Poco a poco, cuanto más arreciaba la oscuridad, más brillaba una lucecita que se había prendido en su corazón. Jesús no hablaba de quitarles el dinero; más bien acerca de cómo desprenderse de él y de liberarse. No observaba los negocios desde las ganancias, sino desde el sufrimiento de la gente. Narraba una parábola acerca de un joven que gastaba todo su dinero en sus vicios y regresaba desnudo donde su padre para que le vendara sus heridas, del cuerpo y del alma. El dinero empezaba a ser visto como un objeto de la vida humana, donde había ganadores y perdedores, intercambios justos e injustos. Donde la vida contaba más que los bienes. Algunos aceptaban esta visión; otros se resistían.

Ya habían transcurrido largas horas y la discusión no daba muestra de languidecer. Aún los más recios en defender sus haberes, reconocían que las razones del Señor tenían un gran valor. Quizás algún día aprenderían a ver el mundo de este modo completamente nuevo, donde reinara la paz y el respeto mutuo, en lugar de ser una jaula de perros rabiosos. Era evidente que para realizar el cambio se precisaba un principio superior: la cercanía de Dios entre los hombres. No se invocaba al terrible Dios de los ejércitos, sino al amable Dios convertido en padre y amigo. El señor del cielo era ese padre que, desde la atalaya de su casa, cada día escudriñaba el horizonte para ver si aparecía el

hijo de regreso. Zaqueo no había intervenido mucho en las discusiones. Más bien, se conservaba apartado y reflexionaba. ¿No sería Jesús el enviado de este Dios paternal que todos añoraban? ¿No sería el que produjera ese contacto deseado con la divinidad para sanar el corazón humano y sembrar en él las semillas de la esperanza y de la paz?

Zaqueo sintió que algo había cambiado dentro de él. Vio que todas sus riquezas no eran más que cosas materiales que lo dejaban tan solitario como si no existieran; sintió que su corazón estaba hecho para alguien viviente y grande como Dios. La luz en su interior se había vuelto tan espléndida que ya era imposible resistirle. Había que enfrentar esa nueva verdad y rendirse a la evidencia. No era sólo una simple verdad, sino una fuerza, que penetraba con el calor de un incendio pero no un incendio destructivo, sino un incendio que alimentaba. Entonces recordó a Moisés frente al milagro de la zarza ardiendo, que no se consumía. Era esa la revolución de todas las fuerzas naturales; el amanecer de una verdad que podía iluminar al mundo entero. Entonces, se levantó: “Zaqueo, puesto de pie dijo al Señor: Daré Señor, la mitad de mis bienes a los pobres.” Esta ya era una conclusión y la esencial, la más profunda: reconocer la responsabilidad colectiva, el bien común necesario, el derecho del alma a desprenderse; el deseo de dar, de compartir de hacer felices a otros.

Mientras hablaba, Zaqueo percibía que su alma se llenaba de seguridad y de paz; que en Jesús había una verdad que él todavía no conocía con precisión. Ahora se demuestra cómo Zaqueo ve a Jesús: el infinitamente rico, al que nada se le pega; quien distribuye panes a los pobres saciando a miles de personas con tres panes y dos pescados, pero no era el pan material aquello que más le emocionaba; era su palabra multiplicada en infinitos corazones prendiendo esta misma llama que ardía dentro del suyo. Y su abandono a la mano del Padre, con desprendimiento total. Ese mismo, que, con sus apóstoles, un sábado es obligado a arrancar algunas espigas en un campo porque ese día no tenían nada para almorzar. El mundo de Jesús era otro mundo, el único por el cual valía la pena vivir.

Estas contradicciones han convencido a Zaqueo. Algo hará para parecerse a Jesús: Dar la mitad a los pobres. Ahora sabe cuál es el ser de Jesús y cual es el ser de él mismo. Descubre dentro de sí una riqueza que pretende crecer y,

tanto más se eleva, cuanto más se reduce el peso del oro que aplasta. Esta riqueza es la dignidad humana, la majestad de una persona entre otras personas que merecen su respeto. De repente la vida cobra sentido como humanidad entre los hombres que el Reino de Dios viene a consagrar con la inmediata presencia de su Hijo. Lucas no dice nada acerca de los demás invitados a esta larga noche de los publicanos. Posiblemente algunos admiraron el gesto de Zaqueo e hicieron un ofrecimiento similar. Otros, más moderados y lentos en creer, no fueron tan generosos. Otros finalmente se resistieron, se refugiaron en la duda y se negaron a aceptar un cambio.

Zaqueo puntualizó su decisión. En todo negocio hay un componente fraudulento que cae sobre la parte más débil o mal informada y permite al adversario lograr una ganancia injusta. Entonces le dice a Jesús: “Y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo.” (Lc. 19, 8) Con esto contemplaba en su interior aquella luz que ahora todo lo inundaba; su conciencia quedaba limpia y esta reparación interpretaba la palabra de Jesús. Abandonaba el código de egoísmo que había regido toda su vida, para sustituirlo por el precepto del reino: Ama a tu prójimo como a ti mismo. Este amor no podía nacer en el aire, pero ya tenía una raíz: el amor al Mesías, el enviado del Padre. La fe del primitivo Israel, volvía a nacer hoy en su espíritu. Aquello que Jesús le había explicado y que él había intentado aplicar, se convertía en su alma en una verdad que le daba calor y felicidad.

¡Cuánto camino había recorrido en un solo día! Desde la mañana y aquel avasallador deseo de ver a Jesús, hasta comprender que su amor era un regreso al amor del Padre, que había sido ausente en gran parte de la historia de su pueblo. Le parecía que el cambio interior de su espíritu más se parecía a una nueva creación. ¿Era este un milagro del Mesías? Miles de personas aseguraban haber sido sanadas pero este milagro era más grande. Zaqueo estaba lanzado por una fuerza que lo hacía volar en el espacio hacia el futuro, como si un gran viento la raptara. Recordaba haber escuchado a Juan el Bautista, a la orilla del río. Allí se anunciaba la venida de otro enviado. Ahora sabía que había llegado y este era Jesús. Se pregunta ¿qué había sucedido sobre el viejo sicómoro? ¿Una intuición humana o una iluminación divina? Entonces, cuando Jesús me miró y me dijo, conviene que me quede en tu casa, no se refería al hospedaje, ni a la cena, ni al dinero para los pobres.

¿Qué es lo que quería en realidad? ¿Atraparme en su red? O, mejor dicho, ¿dejarse atrapar en mi alma? Zaqueo se sentía feliz; pero confundido; libre como el viento, pero inseguro. En el Reino ¿le pertenecemos todos o, más bien, él nos pertenece a todos? Le había dicho a Felipe: El que me ve a mí, ve al Padre. Entonces, no hay nada nuevo en Él. Es el mismo Dios que vieron Abraham, Moisés, Elías, Eliseo, Jeremías y Daniel. Sólo lo habíamos extraviado. ¿Ha regresado a nosotros y ahora está con nosotros? No, ha dicho Isaías.

*“Ahí tenéis vuestro Dios;
esperamos que nos salve;
este es Yahveh en quien esperábamos;
nos regocijamos y nos alegramos
por su salvación.” (Is. 25, 9)*

Tenía miedo Zaqueo de haberse propasado en la interpretación. ¿No era asunto suyo comprender el mensaje de Jesús? O, bien, ¿se proponía algo más: Cambiar mi alma, liberarla, perdonarla, hacerla nueva? Ahora parecía entender todo lo que había sucedido en esta larga noche. El alba estaba cerca; se anunciaba el sol coloreando las cumbres rocosas, en el sur de Jericó, donde el Jordán mezclaba sus aguas con las del Mar Muerto, donde vivían las comunidades esenias del Qum Ram, en su existencia hermítica. En esta hora los Esenios salían de sus conventos y saludaban el sol rezando de cara al oriente. Era la hora de la despedida. Se anunciaba un día totalmente nuevo, como si Dios en esta noche hubiera vuelto a crear el mundo. Ya lo había hecho con la palabra de su Hijo, igual como lo había hecho la primera vez. Zaqueo lo aceptó. “Señor, no era lo que yo entendía desde un principio y ni siquiera ayer pero, ahora, creo en Ti. Tú eres la presencia del Padre.”

Ozías era un amigo de Zaqueo, pero más avaro. Iba saliendo de la reunión y contemplaba la claridad del nuevo día. ¡Oh, Jericó, ciudad secular! A tu lado, Roma o Babilonia son como jovencitas; tu vega es fecunda, tu río Jordán inagotable. Los rayos del sol descendían del monte Nebo, como si Moisés siguiera contemplando desde aquellas alturas la tierra prometida. La brisa de la mañana despertaba los violines de las palmeras. La reina de Egipto poseía en este valle grandes plantaciones, porque eran los dátiles más dulces del mundo.

Pronto entrarían caravanas desde Bagdad y desde Arabia, buscando relevos para sus camellos y burros. Pagarían cuantiosos peajes por las especias, los perfumes y las sedas del oriente. Las mujeres llevaban en su cabeza los cántaros, como las cariátides de los templos y caminaban por la calle con la gracia de las danzarinas. Esta era la vida que merecía ser vivida. ¿Cómo podría ese loco de Zaqueo despojarse de la mitad de sus bienes?

Jesús no lo corrigió, no le desmintió. Al contrario, lo confirmó como un hecho evidente. “Hoy ha llegado la salvación a esta casa.” (Lc. 19, 9) Ha llegado y ha sido recibida porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido. Los huéspedes abandonaban silenciosamente la casa de Zaqueo, su despedida no era triste, pero muy cargada de incógnitas. Nunca podrían describir la experiencia de esta noche. Un mundo nuevo estaba naciendo y ellos habían sido testigos. ¿Era posible el cambio? ¿Puede un hombre, sumergido en sus intereses de dinero y de cosas, salir limpio y triunfar como espíritu? En Zaqueo el cambio se dio. Su amor había sido más fuerte que las cosas. Donde entra Jesús no queda espacio para las cosas materiales. Él ocupa todo el espacio, porque su amor no tiene límites.